

## “A PROPOSITO DE HENRY MOORE”

Escribe: LUIS NAVARRO

La “deshumanización del arte” es un tópico que causó mucho revuelo en el tercer decenio de nuestro siglo pero que a estas alturas juzgamos como un fenómeno sin noticia, vaya, sin interés. Porque está al orden del día que, si el tiempo de la Prehistoria fue dividido por los científicos de los hechos humanos y sus aledaños en función del trabajo de la piedra, Paleolítico y Megalítico, dentro de nuestra era moderna, época contemporánea, habrá que hacer divisiones tan trascendentes y fundamentales como aquellas: Paleo-lata y Mega-lata. La democrática lata de envases de sardinas y leche en polvo ha entrado por la puerta grande de la Historia y quiere situarse dentro del Parnaso bajo el patrocinio de la Musa Plástica. Y si se acepta que cada material tiene sus propias cualidades individuales por la doctrina de fidelidad al mismo, podríamos acaso convencernos que los escultores y cultores del ismo de las latas están usurpando legítimos derechos al material noble del género: hierro, bronce. En la misma proporción en que la greda y el yeso no adquieren verdadera categoría representativa de valor mientras no cuajen definitivamente en la piedra o la madera. Otra cosa es el sibaritismo bizantino de los metales y piedras preciosos, de las maderas admirables o incorruptibles. Esto ya es otro cantar, no depende de una escala de valores sino de una escala de “precios” (de ahí precios-ista). Hablamos del material como fundamento de forma. Y creemos que los latistas han desvirtuado impunemente la fidelidad al carácter de la materia conque hacen arte, a expensas de esa actitud que se ha denominado antiacademia y que en estos días solo puede llevar un considerando general; A río revuelto, ganancia de vivos... ¡La obra de arte ha muerto! ¡Viva la actitud!

Nos quieren asegurar, evidenciar, que el arte ha muerto de Tradición, de muerte natural, y he aquí frente a los niños terribles que manejan la actitud para vivir del arte bajo el proxenetismo de los críticos brillantes y de los que no brillan, como se levantan y permanecen sin aspavientos las manos sinceras que no rompen lanzas pirotécnicas contra la Tradición: Zadkine, Lipschitz, Archipenko, Gabo, Pevsner, Laurens, Moore...

Se debe romper lanzas contra el conformismo académico, contra la repetición conceptual, contra la continuación endémica de una corriente estética, pero no se por qué tiene que cargar la Tradición con el sambenito de culpa. Además que es arriesgado lanzar piedras contra Fideas,

Miguel Angel y Rodín. O contra Velazquez y Filippo Lipi, como han querido hacer Picasso y Cuevas, de un modo "muy fraternal", desde luego. (Hay un crítico por ahí demostrando que "Picasso ha corregido, en algún sentido, a Velázquez"). Para hacer sonrojar a la Tradición no basta con caradura y desplante, hace falta *la obra* que es quien, en resumidas cuentas, falla la apelación. Por lo menos entre los que no comemos caramelo. Después viene la dialéctica, sincera, con furia o con elegancia: "Cuando empecé a hacer escultura, hace treinta años, era muy necesario luchar por la doctrina de fidelidad al material (la necesidad de trabajarlo directamente, de respetar el carácter particular de cada material, etc.). Así que entonces muchos de nosotros teníamos tendencia a convertirlo en un fetiche. Sigo creyendo que es importante, pero no debería constituir el criterio del valor de la obra; de otro modo, un muñeco de nieve hecho por un chiquillo se alabaría a expensas de un Rodín o un Bernini. El adherirse rígidamente a esta doctrina trae consigo el dominio del escultor por el material. El escultor debe ser el amo del material. Pero no un amo cruel... Acepto con gusto lo que intento juntar. En las cabezas de mi "Rey y Reina" o en la cabeza y cuerpo de mi "Guerrero", hay un implícito cierto grado de mezcla de realismo. No sugiero que lo haya hecho intencionadamente. No dije: "Ahora haré la cabeza diferente"; fue nada más que en la parte de la cabeza pude enfocar, en esencia, la intención de toda la figura. Como un toro, pero dócil, un ser fuerte, pero golpeado; sufriendo —la hendidura en mitad del cráneo— resignado, pero todavía desafiante. Mediante el contraste de la cabeza con la estructura natural del resto, toda la idea de la figura se acentúa; son estos contrastes los que producen el efecto". Dice el escultor inglés Henry Moore.

Convence. Convencen estas palabras por su medida: "Sigo creyendo que es importante, pero no debería constituir el criterio del valor de la obra". Convencen estas palabras por su sinceridad: "No dije: "Ahora haré la cabeza diferente". Pero todos estos convencimientos se quedarían en agua de borrajas si la obra, su obra, no otorgara por sí sola el convencimiento pleno y la categoría auténtica. Moore no se enfrenta a lo tradicional para destruirlo como piedra de escándalo y erigir en su lugar una contemporaneidad arbitraria y gratuita, ni toma una posición dogmática en el tiempo para juzgar el pasado; se sitúa en el plano de la crítica histórica comparativa y transcribe para su expresión el lenguaje plástico tradicional, condicionándolo con rigor al módulo actual de la vida y el arte según sus propias preocupaciones. Y siempre, de cualquier modo, bajo un norte de entendimiento y medida: la figura humana. Así aconseja: "En mi opinión, un estudio largo e intenso de la figura humana es el fundamento necesario para un escultor. La figura humana es de los más compleja, sutil y difícil de aprehender, en cuanto a forma y estructura, siendo, por tanto, la figura que más exige para su estudio y comprensión. Una mediana habilidad para dibujar puede pasar en un paisaje o un árbol, pero incluso ojos profanos miran la figura humana con un sentido más crítico, porque se trata de nosotros mismos".

El hombre, la medida de todas las cosas; la cosa más importante, por consiguiente. Lo que dijo un griego hace cuatro mil años, por lo visto y a pesar de los racionales deshumanizadores, sigue teniendo idéntica vigencia en el día que vivimos, conservando la misma rotunda dimensión de

entonces, porque, al fin y al cabo, "se trata de nosotros mismos". El hombre no cambia, se modula, aunque sea en el impulso grave de un solo movimiento. Bien que lo consideremos dentro de un fenómeno político-social o estético-religioso. De aquí el peligro que supone para las nuevas generaciones de la cultura y el pensamiento, —que ya asoman la oreja—, encontrarse con un mundo en que el hombre solo es circunstancia de accidente y sus manifestaciones espirituales producto de accidente, de azar, de casualidad, fácil reducto de improvisadores y oportunistas. No es forzosamente imprescindible que la norma sea horma, pero no hay modo de justificar que deje de ser forma. De otra manera, podríamos llegar a la dolorosa convicción de que si "una mediana habilidad para dibujar puede pasar en un paisaje o un árbol", una mediocre habilidad puede pasar en lo que no tiene forma ni contenido y está determinado únicamente por el arbitrio individualísimo del creador, sujeto como todo mortal a la ley del mínimo esfuerzo, que, con sus hermanas gemelas, las leyes mínima imaginación y mínima capacidad, pretenden quedar consagradas como órgano fundamental de la cultura contemporánea.

---